

rá aquí la versión de las distintas leyendas sobre el origen de tan extraña moda. Suponen unos que se debe á T'an-ki, famosa Emperatriz que nació en 1100 antes de J. C. con el pié encogido, y para evitar que las damas de su córte y compañía se burlasen de esta deformidad, exigió de su esposo el Emperador K'ang-vang que publicara un edicto obligando á vendar los piés de las niñas hasta conformarlos con el modelo imperial. Otra versión dice que el comprimirse el pié data de la época de Yang-ti (605 de J. C.), quien tomó por concubina á la meretriz Chai Pan-fei, que inauguró esta moda viendo que los hombres apreciaban más á las mujeres de pié pequeño: aquel príncipe afeminado hizo alfombrar con lirios el camino por donde debía pasar la hermosa y de aquí se deriva que aun ahora se llaman Kin-lien ó *lirios de oro* á los piés comprimidos. Finalmente otra tradición supone que los honores de la introducción del pié pequeño se deben á Yao-niang, concubina del Emperador Li-yu con quien acabó su efímera existencia la dinastía Tang del Sur. El libro *Pe-mei T'u ó Retratos de cien bellezas* ha publicado el de esa célebre beldad y copia además lo que sobre ella dice otro libro titulado *Tao-shan Ts'ing-hoa ó Palabras puras de la montaña de la virtud.* Yao-niang, dice, concubina de Li-yu, era sutil, hermosa y bailarina consumada. Su dueño tenía lirios de oro de seis piés de altura, entre los que puso imágenes de resplandecientes nubes y pidió á Yao-niang que bailara encima con los piés ceñidos en forma de media luna. Por esto se compusieron los siguientes versos:

Entre los lirios se vé una hermosa flor
Y entre las nubes una luna creciente.

que fueron escritos en alabanza de Yao-niang.

Es indudable que esta costumbre de vendar los piés á las niñas no se introdujo en China hasta los siglos IX ó X de nuestra era y siguió por la fuerza irresistible que la tirana moda tiene en todas partes, y más cuando ataca al sexo femenino. En tiempo de la dinastía Ming había caído algo en desuso pero luego renació con mas fuerza, y como ofrece después de todo serios inconvenientes al desarrollo de las mugeres, el Emperador K'ang-hi la prohibió en el tercer año de su reinado, aunque su decreto fué abolido cuatro años más tarde á petición del Ministerio de los Ritos de Pekin. Desde entonces su uso es general entre las niñas que nacen en las diez y ocho provincias de China, esceptuando las de familias muy pobres, que se dediquen á las duras fatigas de la agricultura ó de la pesca, y dada la manera actual de pensar de los chinos es difícil que pueda abolirse, pues aun en las familias más ricas y pode-

rosas sería difícil encontrar marido para una joven que no tuviese los piés deformados.

Sigamos por un momento hablando de las mugeres, aunque no sea *dulce hablar* tratándose de las chinas. Decididamente no son guapas, á lo menos para nuestro gusto. Su fisonomía es angulosa y sin espresión: además carecen del gusto de la forma y aun de la forma misma, y finalmente su desastrosa manera de componerse y de adornarse es un profundo contrasentido de las leyes de estética. Tienen en general negra y abundante cabellera, que peinan procurando imitar al pájaro Fong-huang, para lo cual se ponen dos alas encima de las orejas y una cola de gallo que baja al pescuezo, adornando la parte superior de la cabeza con profusión de flores y algunos largos alfileres de plata. Además las damas chinas se pintan, y se pintan como ellas solas, y se pintan muy mal. Preliminarmente dan á su cara y pescuezo una buena capa de blanquete, que contrasta con el color amarillento de las orejas á las que aquella no suele alcanzar, y después se pintan con bermellón muy fuerte una rosa en cada pómulos, otra en la frente y otra en los ojos, en el espacio comprendido entre los párpados y las pestañas, las cuales á su vez se pintan de nuevo arqueándolas sobre los ojos en forma de luna creciente. Calcúlese el efecto que se obtiene con tál combinación de colores. En cambio tienen siempre la boca sumamente limpia, poniendo especial cuidado en conservar la blancura de los dientes que lavan y cepillan todos los dias con polvos de arroz. Sus manos suelen ser pequeñas y bonitas pero las afea la costumbre de dejarse crecer las uñas tanto como ellas quieren, sin cuidar mucho de su limpieza. Llevan á veces las señoras sus uñas tan desmesuradamente largas, que para evitar que se estropeen las guardan en canutillos de plata que como dedales encajan en la primera falange de los dedos.

Otro día describiremos como se visten aquellas beldades del Extremo Oriente.

EDUARDO TODA.

VÉRTIGO

EN el vaso tallado y luciente
fulgura el ajeno
como el ojo de un tigre, ó las ondas
de un lago sereno.

Bebe ansioso el licor de esmeralda
un pobre bohemio,
un vicioso poeta, y se abisma
en plácidos sueños.

De repente, fantástica, surge
del vaso de ajenjo
una virgen de túnica verde,
y rostro siniestro.

Sus pupilas están apagadas,
como un astro muerto;
y en sus lívidos labios la risa
parece un lamento.

Es la virgen, la horrible *locura*
que abraza al bohemio,
y se lanza con él á un abismo
fatídico y negro.

MANUEL REINA.

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

DE AURELIANO SCHOLL

EN el convenio de mujeres celebrado hace tiempo en Siracusa (Estados Unidos) y donde se distinguieron las señoritas Antonia Brown, Julia Ward-How, Livermore, Fœbé, Hancford y otras exaltadas personalidades, la señorita Croby, se ocupó del empleo de la *mujer en la prensa*, expresando la opinión de que «el género masculino es totalmente inadecuado para cumplir los altos deberes del periodismo.»

Cuando uno se remonta á los tiempos, no muy lejanos, en que la mujer no sabia hacer otra cosa que rezar y llorar, en que los mismos concilios le negaban la posesión del alma, cuéstate trabajo sustraerse á un vivo sentimiento de sorpresa ante el espíritu de independencia, de rebelión y de desorden que caracteriza á la mujer del siglo XIX.

Impaciente por sacudir el menor yugo indignada por la suerte que se le destina, la mujer actual ambiciona una esfera amplia, más extensa, más universal.

¡Emancipación! tal es su consigna.

«¡Apreciables conciudadanas!—exclama una señora de Nueva-York—nuestra regeneración social no puede efectuarse más que por la resistencia activa y pasiva. La resistencia activa es la prensa, donde podemos explanar nuestras opiniones, sin ningún peligro personal. No dejemos pasar circunstancia alguna, ni el menor de los mil acontecimientos ordinarios de la vida, en que la tiranía de nuestros señores se manifiesta de una manera odiosa.

«Pero no olvidéis que esta obra generosa no puede estar aislada, puesto que reclama la combinación de todos nuestros esfuerzos. ¿Quién podrá disputarnos el éxito? Nuestro partido contie-

ne en sus filas la mitad de la población de un país...

En cuanto á la resistencia pasiva, comprendéis que se deriva de un principio absoluto, porque en un Estado legalmente constituido las personas que no tienen representación en él no están obligadas á contribuir á sus cargas.

¡Conciudadanas, la emancipación de la mujer se halla en nuestras propias manos; depende exclusivamente de nosotras!»

Tras estas coléricas palabras cada mujer dirige una mirada á su alrededor y se interroga de la siguiente manera: «¿La condición femenina es lo que debe ser? En Francia, en Inglaterra y en los demás países del mundo la existencia de la mujer es completamente artificial. Sometida á las conveniencias y á la etiqueta, y exaltada por la lectura de ciertas novelas, la mujer aprende á disfrazar sus afecciones naturales ahogando sus pasiones y sus sentimientos. Desde la infancia hasta la muerte la sociedad pesa sobre ella. A los cuarenta años no le quedan ya más recursos que la intriga, la devoción ó la nulidad....»

Hoy que todas las creencias se conmueven y se derrumban, se necesitan hechos de los cuales brote una luz verdadera. Busquemos entre las mujeres más célebres en el terreno de la ciencia, de las letras y de las artes un Moisés, un Homero, un Licurgo, un Esquilo, un Platon, un Aristóteles, un Arquímedes, un Cicerón; vayamos en busca de un Virgilio, un Dante, un Miguel Angel, un Rafael, un Galileo, un Cervantes, un Bacon, un Shakespeare, un Milton, un Corneille, un Molière, un Leibnitz, un Newton, un Víctor Hugo. No lo encontramos.

Si el porvenir es de las mujeres, preciso es reconocer que el pasado no les pertenece.

Falta al sexo femenino la potencia creadora y la constancia y la perpétua oscilación de sentimientos sobre un mismo objeto. Las mujeres más *vigorosas* solo se sienten animadas por el impulso de los hombres á quienes pretenden dominar.

La constitución física de la mujer es más delicada que la del hombre; sus fibras son más flexibles, y cualquier anatómico os dirá que su cerebro contiene tres ó cuatro onzas menos de sustancia que el cráneo del hombre; que también experimenta más profundas alteraciones bajo el influjo del clima y de los alimentos; que las degeneraciones de la especie comienzan siempre con la mujer; que se parece al niño en muchas cosas; que sus huesos son más pequeños y más delgados que los del adulto varón; que su pulso es más débil; que su palabra es dulce y tierna y que la del hombre es fuerte y robusta; y que lo único poderoso que tiene es el seno donde debe llevar y con que ha de alimentar la prole.